**Confesión**

**Anexo 1**

**Los tres lazos y la confesión**

**1869 (MB. 9,534).**

****El 4 de abril de 1869 reunió a todos los alumnos en el salón de estudio y les contó el siguiente sueño: Soñé que estaba en el Templo, el cual se hallaba totalmente lleno de jóvenes: los alumnos actuales y muchos más que vendrán en el futuro. Parecía que se preparaban para confesarse. Mi confesionario tenía una inmensa multitud de jóvenes esperándome para confesarse.

Empecé a confesar, pero luego al ver que eran tantos los que pedían confesión me levanté del confesionario para buscar a otros sacerdotes que me ayudaran a confesar: Pero al pasar por en medio de los jóvenes vi que varios de ellos tenían un lazo amarrado alrededor del cuello. Me acerqué a uno de ellos y le dije: – ¿Por qué no se quita ese lazo o cuerda del cuello? Él me respondió: – No puedo quitármelo, porque hay detrás de mí uno que sujeta fuertemente el lazo.

Volví a mirar y vi que en medio de los jóvenes sobresalían muchos cuernos. Observé más detenidamente y encontré allí un horrible animal, en forma de un gato enorme, con hocico monstruoso, largos cuernos, y que se encogía como para que no lo vieran.

Y noté con horror que cada uno de los jóvenes tenía junto a él un animal tan horrible como el anterior. Y cada animal llevaba entre sus garras tres lazos. Me acerqué a uno de ellos y le pregunté: – Dígame, ¿qué hace aquí? Él me respondió: – Con estos tres lazos obtengo que los jóvenes no se confiesen o se confiesen mal, y con ellos me llevo a la condenación a la décima parte de la gente.

- ¿Y qué significan esos tres lazos? – le pregunté.

- No le digo porque usted les cuenta eso a los jóvenes – me respondió el monstruo.

Yo tomé en mis manos la vasija del agua bendita y le dije: – O me dice qué son esos tres lazos o le echo agua bendita. En nombre de Jesucristo dígame que significan.

El monstruo se retorció y dijo: – El primer lazo significa que se callen los pecados. Que no confiesen al confesor los pecados que han cometido.

- ¿Y el segundo lazo? – El segundo lazo significa que se confiesen sin arrepentimiento, sin sentir verdadero dolor y pesar de haber ofendido a Dios.

- ¿Y el tercer lazo qué significa?- El tercer lazo no se lo quiero decir. Ya le he dicho demasiado.

- Me dice qué significa el tercer lazo o le echo agua bendita.

El monstruo empezó a despedir llamas por los ojos y gotas de sangre y gritó: – El tercer lazo significa que no hagan propósitos de portarse mejor, y que no hagan caso a los consejos del confesor.

Todos los demás gatazos empezaron a protestar brutalmente contra éste que me había contado el secreto de los tres lazos, y yo viendo que se iba a formar un tumulto, les eché agua bendita y desaparecieron haciendo un grandísimo estrépito, y al sentir aquel ruido tan grande… me desperté.

Me quedé aterrado al ver que muchos jóvenes que yo creía muy buenos, tenían al cuello los tres lazos.

Conviene recordar qué significa cada lazo: el primero, **callar por vergüenza los pecados al confesarse. O no decirlos, o decirlos pero en menor número de lo que han sido.** El segundo lazo: **confesarse sin arrepentirse, sin sentir contrición o pesar de haber ofendido a Dios con los pecados cometidos**. Y el tercero **confesarse sin serio propósito de convertirse, de cambiar de vida y de volverse mejor.** Los que desean quitarse estos tres lazos de encima tienen que confesar sus pecados sin callarlos, y arrepentirse de veras antes de confesarse, y esforzarse por hacer un buen propósito en cada confesión y tratar de cumplirlo lo mejor posible.

El monstruo antes de desaparecer me dijo: – Observe el fruto que los jóvenes sacan de sus confesiones. El fruto principal de una confesión debe ser el enmendarse de sus faltas. Si quiere saber si ya los tengo atados con los lazos o no, pues observe a ver si se enmiendan o no se enmiendan, si mejoran de conducta y comportamiento o siguen lo mismo que antes.

Algo que me llenó de tristeza fue el ver que los que llevan los tres lazos al cuello, o al menos uno, son muchísimos más de los que yo había imaginado. Cada uno piense seriamente si no tendrá alguno de esos lazos al cuello, y trate de quitarlo

**Confesión**

**Anexo 2**

**Los pecados en la frente**

 **1873 (MB. 10,73).**

****La noche del 11 de noviembre de 1873 Don Bosco narró a sus alumnos el siguiente sueño que había tenido la noche del 8 de noviembre.

Soñé que estaba visitando los dormitorios y que un personaje desconocido se me acercó llevándome junto a los alumnos que iba alumbrando con una linterna en la frente de cada uno y allí se leían sus pecados. Todos los pecados de cada uno estaban allí escritos.

Después me mostró un grupo de jóvenes que tenían la frente y el rostro blanco como la nieve, porque su alma está sin pecado. Yo al verlos sentí una gran alegría. Más adelante me mostró un joven que tenía todo el rostro lleno de manchas negras.

Poco después escuché que cantaban el canto de difuntos (Dales Señor el descanso eterno). Le pregunté al personaje quién era el que se había muerto y me respondió: – Se murió el joven de las manchas negras en la cara.

¿Y cuándo?, ¿cuándo? Él me mostró una hoja de almanaque que decía: 5 de diciembre. Y yo me desperté.

EXPLICACIÓN.

Salesianos y alumnos fueron pasando a donde Don Bosco para pedirle que les contara lo que había visto en la frente de cada uno. A un joven empezó a decirle sus pecados. El joven lo interrumpió diciéndole:

Basta…sabe demasiado de mi vida. Y al día siguiente fue a confesarse.

A otro joven le dijo: Te vi entre el grupo de los que tenían la cara llena de manchas negras.

El muchacho se conmovió y al día siguiente se confesó muy arrepentido. El joven al que vio con las manchas negras estaba jugando en el patio el 4 de diciembre y a eso de las 5 de la tarde se le subió una fiebre muy alta a causa de una bronquitis… al día siguiente murió, después de una buena confesión.

Al día siguiente el Padre Berto, secretario de Don Bosco, le preguntó cómo hacía para saber los pecados de los muchachos antes de que se los dijeran en la confesión y el santo respondió: Muchas noches sueño que los jóvenes vienen a confesarse de todos los pecados de su vida. Después al día siguiente cuando se me acercan a confesarse basta que recuerde lo que les oí decir en sueños y sin que ellos me los digan ya les puedo recordar todas sus faltas. Y Don Bosco daba gracias a Dios por este don tan singular que le concedió para el bien de los chicos.

**Confesión**

**Anexo 3**

**EL ESTADO DE LAS CONCIENCIAS**

Me pareció estar durante tres noches en un campo, en Rivalta, en compañía de José Don Cafasso, de Silvio Pellico y del Conde Cays. La primera noche la pasamos discurriendo sobre ciertos puntos de religión relacionados con los tiempos actuales. La segunda la dedicamos a conferencias morales en las resolvíamos diversos casos de conciencia, referentes principalmente a la dirección de la juventud.

Al comprobar que durante dos noches consecutivas había tenido el mismo sueño, determiné contarlo a mis queridos hijos si por acaso volvía a soñar lo mismo por tercera vez. Y he aquí que en la noche del 30 al 31 de diciembre, me pareció estar nuevamente en el mismo lugar y en compañía de los mismos personajes.

Dejando aparte otra preocupación, me vino a la mente el pensamiento de que el día siguiente, último del año, tenía que dar el aguinaldo, o sea, los recuerdos a mis queridos hijos. Por eso, dirigiéndome a José Don Cafasso, le dije-.

—Vos que sois mi gran amigo, deme el aguinaldo para mis hijos.

El me replicó:

—¡Oh!, despacio. Si quieres que te dé el aguinaldo para tus jóvenes, ve primero y diles que preparen y ajusten bien sus cuentas.

Nos encontrábamos a la sazón en una gran sala, en medio de la cual había una mesa. José Don Cafasso, Silvio Pellico y el Conde Cays fueron a sentarse junto a ella. Yo, para obedecer al primero, salí de la habitación y fui a llamar a mis muchachos, que estaban fuera, haciendo cada uno una suma en un papel que tenían en la mano.

Los jóvenes comenzaron a entrar en la sala uno por uno, llevando consigo sus papeles en los que se veían muchas cantidades para sumar; y presentándose a los mencionados personajes, les enseñaban sus cuentas. Aquellos señores comprobaban el resultado, y si la suma era exacta y los números estaban claros, se los devolvían a cada uno. Pero si las cifras estaban emborronadas ni se dignaban mirarlas.

Los primeros representaban a aquellos que tienen sus cuentas ajustadas; los segundos, los de conciencia embrollada. Estos últimos eran bastante numerosos. Los que salían con sus cuentas aprobadas marchaban contentos de la sala y se dirigían al patio a jugar; los otros, en cambio, se iban tristes y angustiados. Una gran multitud de jóvenes esperaba a la puerta de aquel salón con el papel en la mano a que le llegase el turno.

Largo tiempo duró esta tarea, hasta que finalmente no se presentó nadie. Parecía que habían desfilado por allí todos los jóvenes, cuando Juan Don Bosco, al ver a algunos que estaban esperando y no se presentaban preguntó a José Don Cafasso:

—¿Y éstos qué hacen?

—Estos, replicó José Don Cafasso, no tienen ningún número escrito en el papel, por tanto no pueden hacer ninguna suma; pues aquí se trata de saber el total de lo que se posee, de lo que se ha hecho, por eso estos jóvenes deben ir primero a llenar el papel de números y que vengan después, que entonces podrán hacer la adición. De esta manera terminó aquella gran revisión de cuentas.

Entonces salí de la sala con los tres personajes, dirigiéndonos al patio, donde vi un gran número de jóvenes: eran aquellos cuyos papeles estaban llenos de cifras colocadas en orden. Se entretenían en correr, saltar y jugar en medio de una alegría extraordinaria. Eran tan felices como otros tantos príncipes. No se pueden imaginar la alegría que yo experimentaba al verlos tan gozosos.

Pero había un cierto número de jóvenes que no participaban de los juegos de los demás sino que se distraían contemplando a sus compañeros. Entre ellos, había unos que tenían una venda en los ojos, otros una densa niebla, otros una nube oscura alrededor de la cabeza. Algunos echaban humo por la cabeza, otros tenían el corazón lleno de tierra, otros vacío de las cosas de Dios. Yo los vi y los conocí perfectamente; de forma que podría nombrarlos uno a uno desde el primero al último. Entretanto me di cuenta de que en el patio faltaban muchos de mis muchachos y me dije para mí después de haber reflexionado un poco: ¿Dónde están aquellos que tenían el papel completamente en blanco?

Mirando hacia una y otra parte, al fin fijé la vista en un rincón del patio y ¡oh, terrible espectáculo! Vi a uno de los jóvenes tendido en el suelo y pálido como la muerte. Otros estaban sentados sobre un escaño bajo y sucio, otros echados sobre un jergón de paja, otros tirados sobre el desnudo suelo, otros recostados sobre las mismas piedras. Eran todos aquellos que no tenían sus cuentas ajustadas.

Les aquejaba una grave enfermedad que les afectaba bien a los ojos, a la lengua, a los oídos; los órganos atacados aparecían roídos de gusanos. Había uno que tenía la lengua completamente podrida, otro con la boca llena de fango y otro de cuya garganta salía un hedor insoportable. Diversas eran las enfermedades de algunos infelices. Quién tenía el corazón carcomido, débil, corrompido; quién padecía una úlcera, quién otra; había uno en un completo estado de descomposición. Aquello parecía un verdadero hospital. En presencia de semejante espectáculo quedé completamente desconcertado, sin poder dar crédito a cuanto estaba viendo. Entonces exclamé:

—¡Oh! Pero ¿qué es esto? Y acercándome a uno de aquellos desgraciados, le pregunté:

—Pero ¿no eres tú N. N.?

—Sí —me replicó— yo soy.

—¿Y cómo es que te encuentras en un tan deplorable estado?

—¿Qué quieres?, —me dijo—. Harina de mi costal. ¡Ya ves! Este es el fruto de mis desórdenes.

Me acerqué a otro y obtuve la misma respuesta. Tal espectáculo me producía en el corazón el efecto de una agudísima espina, cuyo dolor se me hizo más tolerable al contemplar lo que seguidamente les voy a contar. Con el corazón lleno de dolor me dirigí a [San] José Don Cafasso y le pregunté en tono de súplica:

—¿Qué remedio debo emplear para curar a estos mis pobres hijos?

—Usted sabe cómo yo lo que se debe hacer —me replicó José Don Cafasso—. No necesita que se lo diga. Medite un poco. Ingéniese. Después me hizo señal de que le siguiese y acercándose al palacio del cual habíamos salido, abrió una puerta. He aquí que entonces me encontré en un magnífico salón, adornado de oro, de plata y de toda suerte de filigranas; iluminado por millares de lámparas cada una de cuales despedía una luz tal que mi vista no podía resistir su resplandor.

Tanto la anchura como la longitud de aquel local eran, considerables. En medio de aquel salón, verdaderamente regio, había una amplia mesa colmada de confituras de todas las especies.

Había almendras recubiertas de azúcar de un tamaño extraordinario; bizcochos descomunales, de manera que uno solo habría sido suficiente para saciar a un joven. Al ver esto intenté salir precipitadamente para llamar a mis jóvenes e invitarles a que viniesen a ver aquella mesa, y para que contemplasen el magnífico espectáculo que ofrecía aquel salón. Pero José Don Cafasso me detuvo inmediatamente exclamando:

—¡Despacio! No todos pueden comer de estos bizcochos y de estas almendras. Llamad solamente a los que tienen sus cuentas en orden.

Así lo hice y en un instante la sala se vio llena de muchachos. Entonces me dispuse a partir y distribuir aquellos bizcochos y aquellas pastas y almendras artísticamente confeccionados. Pero José Don Cafasso se opuso diciendo:

—¡Calma, calma! No todos los que están aquí son dignos de gustar estos confites; no todos pueden participar de ellos. Y me indicó quiénes eran los indignos. Entre éstos nombró en primer lugar a los que estaban cubiertos de llagas, los cuales no se encontraban en la sala con los demás porque no tenían sus cuentas ajustadas. Después me indicó los que, a pesar de tener sus cuentas en orden, tenían una niebla delante de los ojos, o el corazón lleno de tierra o vacío de las cosas del cielo. Yo le dije inmediatamente con aire de súplica:

—Dejad que dé un poco a estos últimos; también son hijos míos muy queridos, tanto más que hay mucha abundancia de confites y no hay peligro alguno de que lleguen a faltar.

—No, no —continuó diciendo—, sólo los que tienen la boca sana pueden gustarlos; los demás, no; no están en condiciones de saborear tales dulzuras; pues como tienen la boca enferma y llena de amargura, las cosas dulces les producirían repugnancia y, por tanto, no las pueden comer.

Me resigné a hacer lo que me decía y seguidamente comencé a distribuir los dulces sólo entre aquellos que me habían sido indicados. Una vez que hube repartido entre ellos bizcochos y almendrados en abundancia, comencé nuevamente la distribución, dando a cada uno una buena cantidad. Os aseguro que sentía gran complacencia al ver a mis jóvenes comer con tanto gusto aquellas golosinas. En el rostro de cada uno se reflejaba una gran alegría; no parecían los muchachos del Oratorio; tan transfigurados estaban. Los que permaneciendo en la sala se habían quedado sin dulces, estaban en un rincón de la misma, tristes y disgustados. Lleno de compasión hacia ellos, me dirigí nuevamente a José Don Cafasso y le rogué con insistencia me permitiese distribuir también algunos dulces entre éstos, para que los pudiesen probar.

—No, no —replicó Don Cafasso—, éstos no pueden comerlos. Haced primero que sanen de sus dolencias y los podrán saborear también ellos. Yo miraba a aquellos pobrecillos. También observaba a los muchos que habían quedado fuera llenos de melancolía y a los cuales no se les había dado nada. Los reconocí a todos y para mayor tormento mío me di cuenta de que algunos tenían el corazón carcomido.

Continué, pues, diciendo a José Don Cafasso:

—Dígame, ¿qué remedio debo emplear; qué debo hacer para curar a estos mis hijitos?

Nuevamente me replicó:

—¡Reflexione, ingénieselas; Vos sabéis lo que tenéis que hacer!

Entonces le pedí que me diese el aguinaldo prometido para mis jóvenes.

—¡Bien —replicó—, se lo daré!

Y adoptando la actitud de una persona que se dispone a partir, dijo tres veces en tono cada vez más elevado:

—¡Estén atentos, estén atentos, estén atentos! Y diciendo esto desapareció con sus compañeros y se desvaneció el sueño.

\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*

Sí en todo esto hay algo que pueda ser útil a nuestras almas —continuó [San] Juan Don Bosco—, aprovechémoslo.

No me agradaría con todo, que alguno contara algo fuera de casa. Yo se los he referido a Vosotros porque son mis hijos, pero no quiero que Vosotros lo deis a conocer a los demás. Entretanto os puedo asegurar que os tengo todavía presente a cada uno de Vosotros tal como os vi en el sueño; sabría decir quién estaba enfermo, quién no; quién comía, quién no. Ahora no quiero ponerme a manifestar aquí en público el estado de cada uno, sino que lo diré en particular a quien así lo desee.

El aguinaldo que les doy en general a todos los del Oratorio, es el siguiente: Frecuente y sincera confesión; frecuente y devota Comunión.

 **Las ofrendas de la Virgen y su significado**

**La Virgen Anexo 4**

 **1865 (MB. 8,120).**

****

El 30 de mayo de 1865 contó Don Bosco el siguiente sueño: “Contemplé un gran altar dedicado a la Virgen y muy hermosamente adornado. Vía a todos mis discípulos avanzando en procesión hacia él. Cantaban una canción a la Virgen, pero no todos del mismo modo. Unos cantaban con exactitud y muy afinados y con hermosa voz.

Otros cantaban con voz ronca y desentonados y fuera de tiempo. Había algunos que estaban callados sin cantar. Y varios se salían de la procesión y se iban a otros sitios, y varios bostezaban aburridos y sin fervor. No faltaban quienes ponían zancadillas a los otros y se reían burlonamente.

Todos llevaban regalos para ofrecérselos a la Virgen Santísima. Cada uno tenía en sus manos un ramo de flores, unos más grandes, otros más pequeños. Unos llevaban rosas, otros claveles, otros violetas.

Pero algunos llevaban regalos muy raros: por ejemplo, uno llevaba una cabeza de cerdo. Otro un gato. Alguien llevaba un plato lleno de sapos, otro un conejo y alguno llevaba un corderito.

Junto al altar de la Virgen había un hermoso joven con alas, probablemente es el ángel que protege nuestra obra, y este joven iba recibiendo la ofrenda que cada uno llevaba.

A los que presentaron hermosos ramos de flores les recibió con gusto su ofrenda y la colocó junto a los pies de Nuestra Señora. A otros al notar que en su ramo de flores traían algunas ya marchitas, desató el ramillete y sacó las marchitas y las echó a la basura, y las demás las colocó junto al altar.

A algunos no les recibió las flores que presentaban porque eran flores sin perfume, y la Virgen quiere realidades y no solo apariencias. Los ramilletes de flores de algunos tenían espinas y clavos entre las flores. En ángel quitó las espinas y clavos antes de colocar las flores junto a la Reina del Cielo.

Cuando llegó el que llevaba un cerdo, el ángel le dijo: – ¿Cómo te atreves a presentar ese regalo? ¿No sabes que el cerdo representa los pecados de impureza, y que María es la más pura de todas las criaturas? Retírate y no presentes esa ofrenda.

Llegaron los que llevaban un gato y el ángel les dijo: – ¡Retírense! ¿No saben que el gato representa a los que roban? Eso significa que se dedican a quitar cosas, dineros, libros, alimentos, etc., y que malgastan el dinero que sus padres pagan por ellos, porque no estudian, y destrozan sus vestidos sin importarles lo que cuestan. Y los hizo apartarse a un lado.

Llegaron luego los que llevaban platos con sapos y el ángel les respondió: – Los sapos representan a los que dan escándalos y malos ejemplos a los demás. La Virgen Santísima no recibe esas ofrendas.- Y se retiraron avergonzados.

Luego avanzaron unos con un puñal clavado en el corazón. Significan los que reciben sacramentos estando en pecado mortal. El ángel les dijo: – ¿No se dan cuenta de que llevan la muerte en el alma? (“Tienen nombre de vivos pero están muertos”, dice el Apocalipsis). ¡Por favor: que les quiten ese cuchillo del corazón! Y éstos fueron también colocados aparte y lejos del grupo.

Enseguida llegaron los demás que llevaban conejos, corderos, pescado, uvas y nueces. El ángel recibió todo y lo puso junto al altar y después de separar los buenos de malos e hizo formar ante el altar a todos aquellos cuyas ofrendas si habían sido aceptadas. Y con tristeza del alma pude notar que el número de los que no habían sido aceptados era más numerosos de lo que yo me había imaginado.

Y aparecieron por lado y lado del altar dos ángeles trayendo cada uno una canasta llena de hermosísimas coronas de rosas, pero eran rosas del Cielo que no se marchitan y que significan la inmortalidad. Y a cada uno de aquellos a quienes sí les había sido aceptada sus ofrendas, le fue colocada una de esas coronas en su cabeza. Las coronas eran supremamente hermosas y yo veía que allí desfilaban para ser coronados no solamente los discípulos que ahora tengo sino los discípulos que tendrán nuestras obras en tiempos futuros.

Y enseguida sucedió algo impresionante: Había jóvenes de rostro nada simpático y que no eran agradables ni atrayentes en su presentación externa, y a éstos les correspondieron las coronas más ricas y hermosas, porque lograron conservar mejor su pureza o castidad. Otros tenían también esta virtud pero en grado inferior. Muchos otros recibieron coronas por su obediencia, por su humildad, o por su amor de Dios. Cada uno recibía una corona proporcionada a los esfuerzos que había hecho por portarse bien.

El ángel les dijo: – Han recibido estás coronas como premio a su buen comportamiento. Esfuércense cada uno para lograr que los enemigos del alma no le roben su corona. Hay tres medios para conservarlas:

1. Ser humildes.

2. Ser obedientes.

3. Esmerarse por conservar la virtud de la pureza.

Estás tres virtudes: humildad, obediencia y pureza los harán agradables ante la Virgen María y les conseguirán una corona infinita de premios en el Cielo.

Los jóvenes que no habían sido coronados desaparecieron y los que sus recibieron coronas empezaron a cantar un himno a la Virgen con voz tan fuerte que… yo me desperté.

Recuerdo muy bien quiénes sí fueron coronados y en qué virtud sobresalían, y quiénes fueron rechazados y por qué. Pueden pasar en estos días y le diré a cada uno en qué estado vi su alma en el sueño, y qué es lo que debe hacer para que la Virgen Santísima le acepte sus ofrendas.

Mientras tanto les doy estas explicaciones: Todos llevaban flores a la Virgen, pero noté que casi todos tenían espinas entre sus flores. Y me fue dicho que esas espinas representan a la desobediencia: No hacer lo que hay obligación de hacer, y dedicarse a hacer lo que está prohibido, llegar tarde y no cumplir los propios deberes. (“¿Has visto a alguno que cumpla bien sus deberes de cada día? Ese no quedará entre los últimos. Ese será de los primeros. Pero el desobediente no será coronado.”, dice el Libro de los Proverbios).

Otros llevaban entre sus flores un clavo. Y con clavos fue crucificado Jesucristo. San Pablo dice que el que peca crucifica de nuevo a Jesucristo. Clavos son los pecados que se cometen y no se combaten. Se empieza por pequeñas faltas y se va llegando a cometer pecados graves. El que es infiel en lo poco, también será infiel en lo grande, decía Nuestro Señor. Muchos llevaban flores sin perfume. Son las obras buenas que se hacen sin querer apartarse del pecado o que se hacen por ser vistos y ser felicitados y no por agradar a Dios.

Esas obras buenas son rechazadas. (Dice el salmo 49: “El señor Dios dice al pecador obstinado: ¿Por qué andas diciendo que me amas, tú que desprecias mis mandatos y no los quieres cumplir? Te acusaré de esto y te lo echaré en cara”).

Pero el ángel permitía que los que quisieran fueran y arreglaran sus ramilletes y les quitaran las espinas y los clavos y las flores sin perfume y volvían, y entonces sí se les aceptaba su ofrenda. Así que cada uno puede proponerse enmendar sus errores y malos comportamientos y entonces sí eran aceptadas sus ofrendas.

**El pañuelo de la Virgen**

**La Virgen Anexo 5**

**1861 (MB. 6,735).**

****

En la noche del 14 de junio vi en sueños que un grupo de jóvenes rodeaba a la Santísima Virgen y que Ella le daba a cada uno un pañuelo. Luego subieron todos a la azotea y Nuestra Señora les dijo: – “No abran el pañuelo cuando sopla el viento. Y si el viento llega de sorpresa vuélvanse inmediatamente a la derecha, pero nunca hacia la izquierda”.

Luego cada joven fue extiendo su pañuelo: eran finísimos, bordados de oro y de un enorme precio. En cada pañuelo había este escrito: “Reina la de las Virtudes: La Pureza o Castidad”.

De pronto empezó a llegar del lado izquierdo un fuerte ventarrón. Varios jóvenes cerraron inmediatamente sus pañuelos. Otros se volvieron hacia el lado derecho. Pero algunos permanecieron con el pañuelo abierto desplegado, y sin moverse. Enseguida se desencadenó una fuerte tempestad: rayos, truenos, lluvia, granizo y nieve.

A los jóvenes que permanecieron con el pañuelo extendido, el granizo fue rompiendo cada pañuelo. La lluvia y la nieve fueron llenando también de agujeros pañuelo tras pañuelo, y en poco tiempo los pañuelos quedaron totalmente estropeados y perdieron toda su hermosura.

Pregunté a Nuestra Señora qué significaba aquello y me respondió: – “Esos jóvenes son tus discípulos. El pañuelo es la santa virtud de la pureza o castidad. Los que quedaron con el pañuelo destrozado son los que se expusieron a las tentaciones, a los peligros, a las ocasiones de pecar. Los que doblaron el pañuelo a tiempo y conservaron íntegro y hermoso son los que no se han expuesto a los peligros de pecar y conservan la santa virtud de la pureza. Los que se volvieron a la derecha son los que sí han tenido ocasiones de pecar, y los ha sorprendido la tentación, pero han sabido encomendarse a Nuestro Señor y le han vuelto la espalda al pecado, alejándose de aquello que los invitaba a pecar. Los de los pañuelos rotos son los que han caído en pecados impuros.

Yo estaba muy triste al ver que eran tantos y tantos los que habían quedado con el pañuelo roto y destrozado y pregunté a Nuestra Señora: – “¿Pero por qué no sólo el granizo rompió los pañuelos, sino que también el agua y la nieve los rompieron?”.

Y Ella me contestó: “Es que en pureza también las faltas pequeñas manchan el alma y la dejan en muy mal estado”. Luego se oyó una voz: “Que se vuelvan a la derecha”.

Y muchos de los jóvenes que tenían los pañuelos rotos se volvieron hacia la derecha y sus pañuelos quedaron zurcidos y remendados. Pero cada pañuelo quedó mucho más pequeño de lo que era antes y muchísimo menos hermoso de lo que había sido. Daba lástima comparar la fealdad que ahora tenían esos pañuelos con la belleza que antes habían tenido. Pero bueno, ya estaban remendados y ya no estaban rotos. Y me fue dicho que esos son los que han cometido actos impuros y se han confesado y han hecho obras buenas para pagar sus pecados. Poco a poco van recuperando la hermosura de su alma, pero es difícil que lleguen otra vez a tener la belleza que su espíritu tenía antes de cometer esos pecados impuros.

Vi que algunos no quisieron volverse hacia la derecha y su pañuelo fue quedando totalmente destrozado. Son los que quieren seguir en sus pecados de impureza y no se arrepienten ni hacen nada serio por mejorar su mala conducta. Esos pobres van irremediablemente hacia la perdición.

**La serpiente y el Avemaría**

**La Virgen**

**Anexo 7**

**1862 (MB. 7,208).**

El 20 de agosto de 1862, Don Bosco después de las oraciones de la noche les dijo a los alumnos: “Quiero contarles un sueño que tuve hace algunas noches”.

Soñé que estaba en compañía de todos los jóvenes en Castelnuovo, en casa de mi hermano. Mientras todos hacían recreo, vino hacia mí un desconocido y me invitó a acompañarlo. Lo seguí y me condujo a un prado, cercano al patio y allí me mostró una serpiente de 7 a 8 metros de larga y de un grosor extraordinario. Horrorizado, al contemplarla, quise huir.

- No, no. – Me dijo mi acompañante – no huya. Venga conmigo, vea.

- ¿Y cómo quieres – le respondí – que yo me atreva a acercarme a esa bestia? – No tenga miedo. No le hará ningún mal. Venga conmigo.

- ¡Ah! – exclamé – No soy tan imprudente como para exponerme al tal peligro.

- Entonces – dijo mi acompañante – espere aquí.

Y se fue enseguida en busca de un lazo o cuerda y con ella en la mano, volvió junto a mí y me dijo: – Agarre fuerte ese lazo o cuerda por un extremo y téngale buen seguro. Yo agarré por el otro extremo así le mantendremos en el aire sobre la serpiente.

- ¿Y después? – Después le dejaremos caer a modo de fuetazo sobre su espina dorsal.

- ¡Oh no, por favor. Ay de nosotros si lo hacemos. La serpiente saltará enfurecida y nos despedazará.

- No, no. Déjeme actuar – añadió el desconocido – yo sé bien lo que debo hacer.

- No, no, de ninguna manera. No quiero hacer una experiencia que me pueda costar la vida.

Y ya me disponía a huir. Pero él insistió de nuevo, asegurándome que no había nada que temer, que la serpiente no me haría ningún daño. Y tanto me insistió que me quedé donde estaba, dispuesto a hacer lo que me aconsejaba.

El personaje pasó al otro lado, levantó la cuerda o lazo y le dio un fuerte latigazo sobre el lomo del animal. La serpiente dio un salto volviendo la cabeza hacia atrás para morder el objeto que la había herido, pero en lugar de clavar los dientes en la cuerda, quedó enlazada en ella como por un nudo corredizo. Entonces el desconocido me gritó: – Tenga fuertemente la cuerda, téngala fuertemente para que no se le vaya de las manos.

Y corrió a un árbol de peras que había allí cerca y amarró a su tronco el extremo de la cuerda que tenía en la mano. Corrió después hacia mí, tomó la otra punta del lazo y fue a amarrarla a la reja de una ventana de la casa.

Entretanto la serpiente se agitaba, movía furiosamente los anillos, y daba tales golpes con la cabeza y los anillos en el suelo, que sus carnes se rompían, saltando a pedazos a gran distancia. Así continuó mientras tuvo vida, y una vez que hubo muerto, no quedó de ella más que el esqueleto descarnado.

Entonces aquel mismo hombre desató la cuerda del árbol y de la ventana, la recogió, formó con ella un ovillo y me dijo: – Ponga mucha atención.

Metió la cuerda en una caja, la cerró y después de unos momentos volvió a abrir la caja. Los jóvenes habían venido a reunirse junto a mí. Miramos al interior de la caja y quedamos maravillados. La cuerda estaba dispuesta de tal manera que formaba un letrero: “AVE MARÍA (Dios te salve María).

- ¿Pero cómo es posible? – le dije al desconocido – tú metiste la cuerda a la caja a la buena, sin ningún orden, y ahora aparece doblada formando esas letras? – Mira – dijo él – la serpiente representa el demonio, y la cuerda el Ave María, o sea el Rosario que es una serie de “Dios te salve María”, con las cuales se puede derribar, vencer y destruir todos los ataques de los enemigos del alma.

Y Don Bosco terminó diciendo: – Recordemos siempre lo que dijo aquel personaje respecto del Dios te salve María y del Rosario. Recemos devotamente esta bella oración ante cualquier asalto de las tentaciones, con la seguridad de que saldremos victoriosos.

Explicación: El árbol de peras es el mismo en el cual San Juan Bosco cuando era niño amarraba una cuerda para dar funciones de acrobacia a los campesinos y así poder enseñarles luego el catecismo.

Don Bosco fue siempre un entusiasta del Rosario. En sus casas se rezaban todos los días, y él insistía en que con el rezo del Santo Rosario se logra alejar y vencer los enemigos del alma y conseguir maravillosos favores del Cielo

** LAS PENAS DEL INFIERNO 1887** **MB *XVIII, págs. 284-285***

**El infierno**

**Anexo 7**

En la mañana del tres de abril San Juan Bosco dijo a Viglietti que en la noche precedente no había podido descansar, pensando en un sueño espantoso que había tenido durante la noche del dos. Todo ello produjo en su organismo un verdadero agotamiento de fuerzas. —Si los jóvenes —le decía — oyesen el relato de lo que oí, o se darían a una vida santa o huirían espantados para no escucharlo hasta el fin. Por lo demás, no me es posible describirlo todo, pues sería muy difícil representar en su realidad los castigos reservados a los pecadores en la otra vida. El Santo vio las penas del infierno. Oyó primero un gran ruido, como de un terremoto. Por el momento no hizo caso, pero el rumor fue creciendo gradualmente, hasta que oyó un estruendo horroroso y prolongadísimo, mezclado con gritos de horror y espanto, con voces humanas inarticuladas que, confundidas con el fragor general, producían un estrépito espantoso. Desconcertado observó alrededor de sí para averiguar cuál pudiera ser la causa de aquel finís mundi, pero no vio nada de particular. El rumor, cada vez más ensordecedor, se iba acercando, y ni con los ojos ni con los oídos se podía precisar lo que sucedía.

San Juan Bosco continuó así su relato: —Vi primeramente una masa informe que poco a poco fue tomando la figura de una formidable cuba de fabulosas dimensiones: de ella salían los gritos de dolor. Pregunté espantado qué era aquello y qué significaba lo que estaba viendo. Entonces los gritos, hasta allí inarticulados, se intensificaron más haciéndose más precisos. Después vi dentro de aquella cuba ingente, personas indescriptiblemente deformes. Los ojos se les salían de las órbitas; las orejas, casi separadas de la cabeza, colgaban hacia abajo; los brazos y las piernas estaban dislocadas de un modo fantástico. A los gemidos humanos se unían angustiosos maullidos de gatos, rugidos de leones, aullidos de lobos y alaridos de tigres, de osos y de otros animales.

Observé mejor y entre aquellos desventurados reconocí a algunos. Entonces, cada vez más aterrado, pregunté nuevamente qué significaba tan extraordinario espectáculo. Entretanto, con el aumento del ruido se hacía ante él más viva y más precisa la vista de las cosas; conocía mejor a aquellos infelices, le llegaban más claramente sus gritos, y su terror era cada vez más opresor. Entonces preguntó en voz alta: —Pero ¿no será posible poner remedio o aliviar tanta desventura? ¿Todos estos horrores y estos castigos están preparados para nosotros? ¿Qué debo hacer yo? —Sí —replicó una voz—, hay un remedio; sólo un remedio. Apresurarse a pagar las propias deudas con oro o con plata. —Pero estas son cosas materiales. Con la oración incesante y con la frecuente comunión se podrá remediar tanto mal. Durante este diálogo los gritos se hicieron más estridentes y el aspecto de los que los emitían era más monstruoso, de forma que, presa de mortal terror, se despertó. Eran ¡as tres de la mañana y no le fue posible cerrar más un ojo. En el curso de su relato, un temblor le agitaba todos los miembros, su respiración era afanosa y sus ojos derramaban abundantes lágrimas.

**Los dos sepulteros**

**El infierno**

**Anexo 8**

**1868 (MB. 9,368)**

****

La noche del 30 de octubre de 1868, dijo: Soñé que estaban los jóvenes jugando en el patio, cuando de pronto aparecieron en la entrada dos sepulteros llevando un ataúd. Colocaron al ataúd a la mitad del patio y le levantaron la tapa. En aquel momento apareció la luna y dio una vuelta alrededor de la torre de la Iglesia. Luego dio otra vuelta a la torre y enseguida otra media vuelta y se detuvo.

Los sepulteros recorrieron el patio mirando al rostro de cada alumno y al fin vieron en la frente de uno de ellos esta palabra: “Morirás”, y le dijeron: – A usted le ha llegado el turno. Acuéstese en el ataúd.

El muchacho empezó a gritar: – Soy muy joven, no estoy preparado y aun no he hecho las obras buenas que debería haber hecho.

Pero uno de los sepulteros le respondió:- A mí no me corresponde averiguar eso. Lo cierto es que así como la luna dio dos vueltas y media, así cuando hayan pasado dos meses y medio, vendrá la muerte a llevarlo (la luna gasta casi un mes en dar una vuelta a la tierra).

Poco después la luna desapareció y los sepulteros echaron a la fuerza al joven al ataúd y se lo llevaron.

Que cada uno se pregunté a sí mismo: ¿Y si el próximo candidato a morir soy yo? ¿Estoy preparado? ¿Si después de dos meses y medio alguno de nosotros tiene que morir, estará bien preparado para morir bien? Recordemos que la muerte llega como un ladrón, sin avisar, y cuando menos esperamos que llegue.